



Photo by Steve Johnson on Unsplash

S.

SEMIÓTICA

Pequeña filosofía de la enunciación*

BRUNO LATOUR

TRADUCCIÓN DE ÓSCAR QUEZADA MACCHIAVELLO

A menudo me he preguntado, contemplando el friso del Partenón mutilado, a través de la nube negra de contaminación o en la sala del Museo Británico donde descansan los mármoles de Lord Elgin, cómo sería una moderna procesión de los pan-atenienses. ¿Quiénes serían nuestros representantes? ¿De cuántos géneros y especies estarían compuestos? ¿A qué etiqueta obedecería su agenciamiento? ¿Hacia qué vasto interior concurrirían? ¿Cuántos de ellos tendrían forma humana? Si tuvieran que hablar, jurar o sacrificarse en común, ¿qué ritos cívicos o religiosos podrían reunirlos y en qué ágora? Si fuera necesario que una canción acompañara su marcha o que un ritmo escandiera sus largas ondulaciones, ¿qué sonidos se escucharían y de cuáles instrumentos? ¿Podemos imaginar tales pan-atenienses? Tal vez, si nos tomásemos la molestia de investigar cada una de las solicitudes [instancias] que envían, delegan, designan sus representantes para una gran fiesta. Si tal investigación fuera posible, entonces el mundo en el que vivimos finalmente cesaría de ser moderno, lo que sería un gran alivio para toda la tierra, y llamaría a estas cohortes de mediadores *teorías de delegados*.

PARTIENDO DE LA SEMIÓTICA

Se ha vuelto tradicional llamar “enunciación” al conjunto de elementos *ausentes* cuya presencia es, no obstante, *presupuesta* por el discurso gracias a marcas que ayudan al locutor *competente* a *reunirlas* con el fin de *dar un sentido* al enunciado. Es igualmente tradicional, al menos desde Greimas, distinguir cuidadosamente la enunciación, tal

* Latour, B. (1999). “Petite philosophie de l’énonciation”. En: Basso, P. y Corrain, L. *Eloquio de senso. Dialoghi semiotici per Paolo Fabbri. Orizzonti, compiti e dialoghi della semiotica*. Milán, Italia, Costa & Nolan, pp. 71-94. [Traducción original de Óscar Quezada Macchiavello; revisión de la traducción por Elder Cuevas-Calderón].

como es instalada o inscrita en el discurso, de la enunciación propiamente dicha que es, siempre, solamente presupuesta. En fin, se admite, siempre con Greimas, no considerar la enunciación como el conjunto de condiciones económicas, materiales, psicológicas o pragmáticas que rodean al enunciado. La enunciación no remite, pues, a la pragmática, al acto de discurso (*speech act*) o a un fundamento social de la comunicación. Todas esas representaciones posibles desde más allá del enunciado están firmemente instaladas en otros enunciados. El novelista “en carne y hueso” no es el enunciador de su novela. Es un personaje en otro relato, por ejemplo, el de un historiador, el de un crítico literario o el de un periodista que viene a entrevistarlo. Este rechazo a un más allá del discurso fue fundamental tanto para la semiótica como para la lingüística. Eso les permitió fundarse como disciplinas sistemáticas y deshacerse de seres de carne y hueso que querían casi siempre intervenir en el funcionamiento del código. Desde que comenzamos a nombrar al enunciador, a designarlo, a darle un tiempo, un lugar y un rostro, comenzamos un relato, mejor dicho, nos desembragamos de la enunciación hacia un enunciado. Pasamos de la enunciación marcada a la enunciación inscrita o instalada en el relato. Esas ausencias son, pues, al mismo tiempo, innombrables y marcadas. Aunque no pueden ser aprehendidas directamente, son, sin embargo, localizables.

Hay que distinguir cuidadosamente dos operaciones de búsqueda del enunciador *n-1*, cuya confusión envenena, desde el inicio del giro lingüístico, las relaciones entre ciencias del texto y ciencias de la sociedad o de la naturaleza. La primera búsqueda consiste en conectar un nuevo discurso, B, sobre el primero, A, y construir una escena que se llama el “contexto pragmático de A”. Así como encontramos a Lucien de Rubempré en varias novelas de Balzac, también encontramos a varios Balzac en sus novelas y en los libros de crítica literaria. No se trata, pues, de una simple coincidencia sino de una construcción de continuidad (isotopía), que demanda conexiones, trabajo, alineaciones de fuentes y evidencias. Se va de un relato al otro, no se va de un texto a su contexto. Se trata de un principio *relativista* que plantea el mismo género de problema que el transporte de enunciados entre el valiente experimentador en el tren de Einstein y el andén. El contexto es como el éter de los físicos, es una hipótesis superflua (Latour, 1988).

Esta búsqueda del enunciador *n-1* con los métodos y los medios escenográficos de los enunciados no es lo que aquí nos interesa. Buscamos la enunciación y no la denuncia(ción) del verdadero autor, disimulado bajo las apariencias del narrador. Si el enunciador *n-1* no es el personaje (individual o colectivo) de un relato de denuncia(ción), ¿es posible definirlo? La solución tradicional, de Benveniste a Greimas, es lamentablemente inaccesible. Esta consistía en definir la enunciación como la actualización de las potencialidades del discurso; dicho de otro modo, como el paso de la lengua al habla. Esta solución era enteramente aceptable para un lingüista o para un semiótico que había tenido necesidad de considerar la lengua como un sistema y de tomar los actos de habla como actualizaciones

individuales, para deshacerse del ejército de sociólogos, historiadores, psicólogos y críticos que pretendían hablar del contexto del discurso, sin otra forma de procesarlo.

Como no queremos saturar el “sistema de la lengua” más que el “contexto social”, tenemos que dejar aquí la semiótica. Por supuesto, no retornamos ni a la naturaleza ni al contexto social; por lo tanto, no estamos traicionando el proyecto de Greimas, pero vamos a escoger en este proyecto lo que nos es útil para mantener *el acto* de enunciación, así como la noción de *mediación*, abandonando la idea de una apropiación de la lengua por el habla.

La enunciación es un acto de envío, de mediación, de delegación. Eso es lo que dice su etimología *ex-nunciatus*, enviar un mensajero, un nuncio. Retomando la definición dada más arriba, podemos ahora definir la enunciación: el conjunto de actos de mediación cuya presencia es necesaria al sentido; aunque ausente de los enunciados, la traza de su presencia necesaria permanece marcada o inscrita, de modo que uno puede inducirla o deducirla del movimiento de los enunciados. Esas marcas de la enunciación son como el magnetismo que las lavas arrojadas por los volcanes y las fallas de la tierra guardan mientras se enfrían. Aunque nada del exterior traiciona su pasado magnético, es posible, millones de años después, al interrogar las rocas con el magnetómetro, encontrar la traza, fielmente guardada, de la orientación del polo magnético, tal como era el día de la erupción.

LO QUE PASA - EL PRIMER RÉGIMEN DE ENUNCIACIÓN

Pasando del enunciado a la enunciación, no caemos en lo social, ni en la naturaleza, sino, de modo muy tradicional, sobre el ser definido como existencia.

La enunciación, el envío de mensaje o de mensajero, hace posible quedar en presencia; es decir, ser, existir. No caemos, pues, sobre alguien o sobre algo, no caemos sobre una esencia, sino sobre un proceso, sobre un movimiento, un pasaje, literalmente, un *pase*, en el sentido de esta palabra en los juegos de pelota. La definición de la enunciación como el primer envío (desembrague actancial, espacial y temporal) no es inexacta, es solamente muy restrictiva, pues corresponde a uno de los pases entre aquellos que aprenderemos a reconocer. Esta definición, bastante primitiva, es el único postulado ontológico que necesitamos: partimos de una existencia continua y arriesgada —continua porque es arriesgada— y no de una esencia; partimos de la puesta en presencia y no de la permanencia.

Partimos, pues, del *vínculo* mismo, es decir, del pasaje y de la relación; no aceptamos como punto de partida ningún ser que no haya salido de esa relación. No partimos de hombres ni de lenguajes, eso es tardío, tampoco de la comunicación. Partimos de la relación, definida de manera muy banal, desde los albores de la filosofía, como una cierta mezcla de lo mismo y lo otro: A es B, tal es la predicación primitiva de la filosofía, es el pasaje, la transformación, la sustitución, la traducción, la delegación, la significación, el

envío, el embrague, la representación de A por B. Todos esos términos son equivalentes, es decir, designan a su manera el movimiento de pasaje que mantienen en presencia. Lo mismo, es decir el mantenimiento en la presencia, es pagado por lo otro, es decir, un envío. Dificilmente se puede ser más preciso; y, aparte del postulado ontológico mencionado anteriormente, más banal. Eso permite no solo distinguir más lo que “es” de lo que “significa”; lo que “traduce” de lo que “se sustituye”; lo que “representa” de lo que “envía”. El mundo del sentido y el mundo del ser son un solo y mismo mundo, es decir, el de la traducción; es decir, el de la sustitución, de la delegación, del pase —dicho de otro modo, del *es decir...*—.

Nuestro punto de partida es muy simple, conforme con toda la tradición anti-esencialista, pero nos enseña muy poco. Sabemos solamente que reconocemos las trazas del ser en un movimiento de sustitución. Frente a cualquier otra definición de una esencia, diremos que esta está “desprovista de sentido”, porque no tiene los medios de mantenerse en presencia, es decir, de durar. Planteado esto, no podemos quedarnos fascinados mucho tiempo sin rechazar la lista de palabras que se reemplazan entre sí. Debemos seguir las lecciones de la semiótica. Su gran ventaja fue abordar las cuestiones más difíciles (la creación literaria, la construcción del sentido) sin recurrir a llamadas de admiración o a lo indecible. Ella no renuncia jamás a definir, a diferenciar, a hablar del sentido indecible, a veces dejando la jerga. Siguiendo su ejemplo, debe ser posible caracterizar las formas de enunciación, puesto que quedan marcadas en los enunciados —intentando, de ser posible, no usar demasiada jerga—.

Hasta aquí, he hablado de la enunciación y no de dos figuras que le son siempre asociadas, el enuncia-*dor* y el enuncia-*tario*. Tenía buenas razones para desconfiar de estos dos términos, porque si se les añade el de enuncia-*do*, uno se encuentra indubitablemente puesto en la situación de comunicación: un locutor, un locutario, un mensaje. Ahora bien, nada nos dice que no tengamos que hacer con humanos, nada nos dice que se trate del lenguaje, nada nos dice aun que se pueda incluso separar los cuerpos hablantes de los mensajes circulantes. Sin embargo, debemos ser capaces de mantener los términos enunciatario, enunciatario, enunciado, sin dejar rastro de su conexión anterior con la situación de comunicación. Para hacerlo, necesitamos explorar regímenes de enunciación que aparentemente están muy alejados de los de la tradición literaria en la que la semiótica había dado sus primeros pasos.

Si abordamos el primer régimen de enunciación, comprendemos de inmediato que estamos infinitamente alejados de la comunicación humana. Este primer régimen, en efecto, no supone enunciado ni enunciatario. Entonces ¿qué supone? Solamente un enunciatario. ¿Qué hace este enunciatario? ¿Quién es él? No olvidar, ¿qué está *pasando*? Él mismo. Un similar. Un casi similar. ¿Cuál es el resultado del pase? Obtener siempre un enunciatario

en presencia, casi similar a los que lo preceden. Paga el precio de la duración con el pase a un casi similar. ¿Dónde se puede encontrar una forma de enunciación así de bizarra en la que falta el enunciado y la asimetría entre enunciador y enunciatario? En todas partes. Son los *vivientes*. Siempre olvidamos que los vivientes también enuncian y duran porque corren el riesgo de pasar a otro viviente similar a ellos. ¿Qué están pasando? ¿Genes, citoplasmas, ecosistemas, formas vitales, el *eidon* de su especie? Tal vez todo eso, pero poco nos importa en este punto. No queremos aun transformar en un mensaje lo que pasa de cuerpo en cuerpo, lo que es, ante todo, el pasaje sin mensaje de cuerpo a cuerpo.

Llamamos *reproducción* al primer régimen de enunciación. Está caracterizado por la ausencia de enunciados y por la ausencia de asimetría entre enunciador y enunciatario. Lo que pasa de uno a otro es uno hacia otro y este otro es el mismo, casi el mismo. (Habría que decir es el mismo “darwinismo cerrado” pero eso sería suponer ya resuelto todo un conjunto de controversias. Contentémonos con la noción, perfectamente vaga, de “casi similar”). Para un observador externo —que no existe todavía— el resultado del pase es la duración: el eucalipto gigante, frente a mi ventana, está siempre ahí, y la ardilla que anida en sus ramas, siempre presente —a menos que no sean sus descendientes—.

Aceptando la hipótesis de Whitehead sobre la “herencia”, se podría extender la enunciación, así definida, no solamente a los vivientes, sino también a los inertes. Los *inertes* también escogen y pasan, pero, contrariamente a los vivientes, no pasan a un casi similar. Quedan, escogen quedar el mismo, exactamente el mismo (Whitehead, 1929 / 1978). Para un observador externo —que no existe aún, porque la observación y la exterioridad pertenecen a otro régimen de enunciación— ninguna asimetría es todavía discernible. Se tiene la impresión de perennidad. Los inertes, se podría decir con Whitehead, son vivientes que escogen mantenerse en presencia sin pasar por la riesgosa intermediación de otro cuerpo.

En ese régimen de enunciación llamado, a falta de mejor término, *reproducción*, no reconocemos la forma familiar del enunciado —no pasa nada que sea diferente de los que pasan— tampoco reconocemos más la distinción entre enunciador y enunciatario. O desaparece rápidamente en el caso de los vivos (el descendiente se convierte en el ascendiente casi similar) o nunca tiene lugar ya que lo inerte elige permanecer similar. Los inertes siguen siendo, si la expresión todavía tiene sentido, los mismos enunciadores que pasan o se *sustituyen a ellos mismos*. En consecuencia, no reconocemos más la situación familiar —que se convertirá en familiar más tarde— de la *dualidad* o del diálogo enunciador/enunciatario. Ni los vivientes ni los inertes están jamás en la situación de diálogo, no porque sean mudos, sino porque no son jamás dos diferentes cara a cara. Son siempre mucho más numerosos y continuos.

¿Cómo, pues, en ausencia de todos los elementos familiares de la enunciación, llegamos a reconocer las marcas del pase o pasaje del que hemos dicho más arriba que era la única manera de orientarnos? ¿No es acaso imposible, tanto en el caso de los vivientes como en el de los inertes, persistir con una definición precisa de la enunciación comenzada por la semiótica en el caso fácil del texto de ficción? Pero es todo lo contrario. La marca del pasaje es engeguedora en el caso de los inertes y claramente discernible en el caso de los vivos. Como los inertes son tan numerosos como uno pueda imaginarse, perseveran en el ser, y jamás hacen diferencia entre enunciadore y enunciatario, resulta que su enunciación reside en la *continuidad* de una fuerza ejercida. Como lo dice Whitehead, son *líneas de fuerza*. En un sentido, son *enteramente* marca de la enunciación. Ser, para ellos, es ejercer una fuerza, esa es su manera de pasar.

En el caso de los vivos, debido a la diferencia, rápidamente borrada, entre enunciadore y enunciatario, su existencia ya no se confunde más con la marca de la enunciación, con el paso o el ejercicio de una fuerza. Pero como ya no hacen diferencia alguna entre enunciadore y enunciatario y como jamás la distinción enunciación/enunciado es discernible, aparecen casi tan marcados como los inertes. Son casi líneas de fuerza. No, son *linajes* o, si se quiere, genealogías. Las líneas de fuerza son continuas (su discontinuidad debe ser imaginada), los linajes son discontinuos, pagan su continuidad con el riesgo siempre retomado de la discontinuidad (generación, muerte y nacimiento). Los vivientes están marcados totalmente por el pasaje de la generación, el riesgo de la muerte, su reemplazo por casi similares, pero en todo momento aparecen como siendo más que ese pasaje —dicen cualquier cosa, son cualquier cosa—. Sus enunciados son su *cuerpo*.

Lejos de los humanos, lejos del lenguaje, este primer régimen de enunciación, el de la reproducción, es fundamental. Es un pasaje, es un pase, sean líneas de fuerza de inertes siempre presionantes y presionados, perseverando en el ser, o sean linajes de vivientes recuperando la duración por la generación de casi similares (cerca al darwinismo). Un análisis del sentido que no podría caracterizar con precisión este régimen sería acusado, con razón, de ser antropocéntrico o logocéntrico. Si no se pudiera establecer con las cosas mismas una relación que haga sentido, que dé sentido, la búsqueda sería vana y sería acusada, con razón, de idealismo. Justo aquí, al contrario, hemos caracterizado ese primer régimen con suficiente precisión para poderlo comparar con otros, probando así que la semiótica podía viajar infinitamente lejos de su terruño y que se podía superar la muda fascinación por el ser en tanto ser para reemplazarla por el ser *en tanto otro*. Ahora vamos a intentar precisar los otros regímenes de enunciación.

SUSTITUCIÓN Y CREENCIA

Todos los otros regímenes de enunciación que vamos a sobrevolar van a ser caracterizados, en oposición al precedente, por la posición de enunciadores y enunciatarios, todos salvo dos, muy particulares, que quisiera examinar primero: sustitución y omisión.

Hemos mostrado que en el régimen de reproducción no hay diferencia entre lo que circula y los cuerpos que hacen circular, pero hay cualquier cosa que pasa y se mantiene en presencia gracias a ese pasaje: los cuerpos mismos, las líneas de fuerza de los inertes o los largos linajes de los vivientes. Existe un régimen de enunciación más extraño, en el cual, incluso, no es posible caracterizar la retención de un cuerpo gracias al pasaje. En ese régimen solo se pueden reconocer pases, pero en lugar de que sean similares los que pasen, son disímiles, irreconocibles, *membra disjecta*. Solo hay *sustituciones*, de ahí el nombre que he escogido para darle. De seguro, en ese régimen, no hay enunciador ni enunciatario y tampoco diferencia localizable entre plano de la enunciación y plano del enunciado. Esto es lo que sorprendió tanto a los primeros analistas de este régimen. Se tiene la impresión de un actor formidable pero inhumano, peligroso, atemporal, preidiomático, por eso Freud llamaba *inconsciente* a lo que pasa bajo los auspicios de tal régimen de enunciación, pero la palabra misma es aún demasiado racionalista y antropomorfa, tal como la célebre definición de Lacan “eso habla”, aún muy logocéntrica. No, eso no habla, pero *eso se enuncia*, eso pasa, eso está sucediendo muy extrañamente, cristalizando, condensando, desmembrando, desplazando, asociando.

Si se restablecen los personajes habituales de la situación de comunicación —un locutor y un locutario humanos, un mensaje, un código, una voluntad de comunicar—, entonces desaparecería el sentido de esas sustituciones. La única forma de darles un significado que se adapte a este régimen de enunciación es eliminar las tardías figuras del enunciador y el enunciatario. El analista, escuchando, oye al innombrable que habla de manera más confusa que la pitia en su trípode. Las marcas de ese régimen tan particular se encuentran en las ramificaciones imprevisibles que sustituyen una forma por otra, juego mental, lapsus, lacanismos diversos o, más seriamente, metamorfosis espantosas. Sin este régimen, todos los demás regímenes humanos, de los cuales vamos a hablar, serían imposibles. Les faltaría de alguna manera la materia prima para crear, moldear, los personajes y las formas de sus regímenes. Líneas de fuerza y linajes no podrían transformarse por ellas mismas en *membra disjecta*. El movimiento trazado por ese régimen, la estela que deja tras de sí, no tiene la claridad de una línea de fuerza o la continuidad de un linaje, llamaremos *asociaciones libres* a los caminos engendrados por él.

Para terminar con los regímenes atípicos, que no se parecen en nada a los que la semiótica nos había acostumbrado, hay que considerar lo que llamo el régimen de la

creencia, o mejor, de la *omisión*. Decir que este es un régimen de enunciación resulta paradójico puesto que se caracteriza por la afirmación de que no hay enunciación en absoluto. La definición de la creencia consiste en partir del plano del enunciado y no considerar el plano *n-1* como importante. Es, pues, a primera vista, la negación de la presente búsqueda. Se trata, pues, de un régimen de enunciación, entre otros, cuya característica es tener sentido solo con la condición de no considerar el plano de la enunciación. Uno solo entiende la creencia según su propio régimen cuando cae por ingenuidad, cuando se deja atrapar. “Me tragué el sapo”. “Me la creí”. El resultado de esta indiferencia por la distinción enunciación/enunciado es que, en la creencia, todos los otros regímenes van a poder ser revueltos, combinados, hibridados. Como este punto de vista, por definición, es indiferente a la enunciación, obtiene efectos de creencia a partir de todos los regímenes, tan arraigados como están en una estructura muy particular de enunciación.

¿Cuál es el pase particular a la creencia? Que no hay pase, precisamente, que nadie le dice nada a nadie, que lo que se dice no depende de quién lo diga ni a quién es dicho. Las figuras de enunciación son enteramente abolidas. Poco importa quién, dónde o cuándo. Se encuentran aquí esos efectos de naturalización contra los cuales los primeros semiólogos, como Roland Barthes, han hecho tanto. ¿Cuáles son las marcas particulares de la creencia? Que no hay marcas particulares. El enunciado circula sin sus raíces, es no asignable. Incluso la distinción entre el enunciado y las “personas” de la enunciación es imposible, de ahí esta impresión formidable de que no hay nada de especial que hacer para mantenerse en presencia, ningún precio que pagar para obtener o recuperar la duración. Al régimen de creencia debemos las *esencias*, esos conjuntos que duran sin riesgo y sin repetición. El pase, asaz particular, de la creencia traza, si se puede decir, esencias, como la reproducción traza líneas o linajes y la sustitución, asociaciones libres. Pues claro, por definición, las esencias no guardan las trazas de ese pasaje. Su nombre mismo no presupone ninguna temporalidad. Se comprende por qué el postulado ontológico del cual he partido era inevitable. Partiendo de las esencias, había seleccionado un régimen de enunciación entre otros, el de la omisión, el más inconveniente para caracterizar los distintos regímenes.

LOS REGÍMENES QUE SE CONCENTRAN EN EL CUASI-OBJETO: TÉCNICA, FICCIÓN, CIENCIA

Los tres regímenes definidos más arriba son monstruosidades para todo semiótico clásico, hay que reconocerlo. Pero conviene comprender por qué. No tienen enunciado —como en el caso de la reproducción— ni enunciación —como en el caso de la omisión— tampoco enunciador —como en el caso de la sustitución—. ¿De dónde viene, pues, la

distinción entre los planos del enunciado y de la enunciación, que parecía a la semiótica tan primitiva? De hecho, es muy tardía y depende de la invención de un nuevo término que Serres llama *cuasi-objeto* (o *token*). Hay una diferencia fundamental entre los regímenes arriba expuestos y los otros siete que voy a presentar: son, todos, regímenes “de cuasi-objeto”, es decir, en los que se puede siempre distinguir *lo que pasa* de *los que pasan*. Esta distinción permite que nos encontremos de inmediato en un territorio de conocimiento porque, de hecho, nos estamos acercando a lo humano. No es el habla, no es el cuerpo, lo que va a caracterizar ese mínimo de humanidad del que tenemos necesidad, sino solamente esto: en el pase, algo pasa además del cuerpo. Ese suplemento es tomado de las líneas de fuerza y linajes que las asociaciones libres han redistribuido. No podría distinguir entre el eucalipto y sus descendientes alguna cosa que pasaría del primero al segundo y que no sería el eucalipto mismo. Ahora voy a poder distinguir los *tokens* en movimiento de los cuerpos que los hacen moverse. Ese suplemento no solo va a permitir distinguir el plano del enunciado y el plano de la enunciación, también va a crear una asimetría suficiente para localizar las figuras distintas del enuncia-*dor* y del enuncia-*tario*. En esta sección, voy a presentar tres regímenes de enunciación que tienen como particularidad concentrarse sobre los cuasi-objetos que son, por así decir, centrípetos en relación al *token*.

¿Qué es un cuasi-objeto? En primer lugar, no es un signo. Es el desplazamiento del enunciadador en otro cuerpo, *disímil*, que se mantiene en su lugar, incluso cuando el enunciadador se retira, se *ausenta*, y se dirige al enunciatario, a quien mantuvo en su lugar. Tal es la característica principal de la enunciación técnica. Una canasta trenzada, por ejemplo, no se parece a la tejedora de canastas: está sola e incólume, mucho después de que la tejedora ha desaparecido; acoge las manzanas silvestres recogidas por alguien que no es necesariamente una tejedora de cestas; continúa en otra forma, en otro lugar y en otro momento, queda la presencia de la tejedora de cestas y su acción sobre el recolector de manzanas. Este desembrague actancial que hace pasar el trenzado en una canasta que no se parece al tejedor pero que se sostiene en su ausencia, a este *rodeo* fundamental que toma y moviliza líneas de fuerza y linajes —juncos y mimbres— para hacer que los cuerpos se mantengan unidos (manzanas silvestres y recolectores de manzanas) lo llamaremos *técnica*. Como todos los observadores lo han reconocido, es fundamental, puesto que este régimen añade una multitud de *no-humanos* a la continuidad de este linaje, entre otros, el linaje humano.

Solo desde el momento en que pasan los no-humanos podemos discernir la diferencia entre algo que pasa y los cuerpos que pasan esta cosa, este cuasi-objeto. Solo a partir del momento en el que los no-humanos son agrupados, agenciados, escogidos, por el desplazamiento y la traducción del enunciadador —aquí la tejedora de cestas— se crea

una asimetría, suficiente para que el enuncia-*tario* mismo se distinga del enunciadador. El descendiente deviene ascendente en el régimen de reproducción; pero, en el régimen de la técnica, nada obliga al recolector de manzanas a ser tejedor de cestas, así como nada hará de la cesta misma una tejedora de cestas o un recolector de manzanas. El régimen técnico permite plegar la relación entre linajes humanos con una relación entre humanos y *tokens*. Ese pliegue, es decir, este envío, esta sustitución, este desplazamiento, va a permitir separar al enunciadador de lo que enuncia y envía. La semiótica de los textos, del lenguaje y de la ficción ha omitido considerar que la división misma entre las grandes figuras del enunciadador, el enunciatario y los enunciados era imposible sin la configuración de otro régimen de enunciación. El enunciadador existe de manera localizable porque, hecha la desviación, se ausenta, y porque el *token*, fiel o infiel, *lugar-teniente*, está quieto, tiene su lugar. El enunciatario existe de manera localizable porque él es sostenido en su lugar y rodeado, no solo por cuerpos similares a él, sino por lugartenientes disímiles, uno de cuyos orígenes, humano, se ha ausentado momentáneamente. El mantenimiento en la presencia se encuentra ahora plegado, porque los frágiles cuerpos humanos se ayudan para durar con la dureza, con la obstinación de las líneas de fuerza y de los linajes.

El pase técnico es, pues, ese paso de costado que *desplaza* una interacción cuerpo a cuerpo entre similares hacia una interacción cuerpo a cuerpo entre disímiles. Llamaré *trenzas* o *combinaciones* a la estela dejada por ese pase, por ese hilvanado de lo humano y lo no humano. Durante mucho tiempo, los humanos nos hemos estado combinando con los no humanos, y así es como nos mantenemos en la presencia y probablemente nos convertimos en humanos. Las marcas de este pase tan particular se encuentran en todos los desembragues, interfaces, impactos, captaciones, a la vez sobre los cuerpos humanos y sobre sus agenciamientos de no-humanos; pero como, en este régimen, la naturaleza del enunciatario consiste en retirarse dejando el cuasi-objeto y continuar solo su trabajo de significación, hay que localizar las marcas tenues que permiten a esta ausencia prolongarse. Sin este régimen no tendríamos jamás divergencia en nuestras maneras de tenernos en presencia, seríamos un linaje entre otros, y no aquellos que se cruzan, combinan, reaccionan y trenzan con otros. El mundo viviente pertenecería a linajes, pero como ninguno divergiría, no habría “propietario” y esa suma, “el mundo viviente”, nadie podría calcularla.

“Había una vez un príncipe azul que heredaría el País de las Maravillas”. Aquí estamos finalmente en el lenguaje, en un terreno verdaderamente conocido, en el relato estudiado con tanto detalle por los semiotistas. Un enunciadador del que no sabemos nada, se envía en un narrador y nos pide que pasemos del rol de enunciatarios al de narratarios, que nos lancemos tras él a otro espacio —“el País de las Maravillas”— en otro momento —“había una vez”— y que nos identifiquemos con otro personaje: “el

príncipe azul". Estamos aquí en la *ficción*, término que hay que tomar en el sentido fuerte de modelar, simular, pintar, figurar, imaginar, dar forma y no en el sentido de "falso", lo que vendrá solo en comparación con el siguiente régimen. Este régimen de enunciación puebla de figuras, de lugares y de tiempos las relaciones de enunciador y de enunciatario. ¿Quién es el enunciador? El conjunto de todos los roles que ha inscrito en los relatos. ¿Quién es el enunciatario? El conjunto de todos los roles que los relatos le han prescrito. Nada nos dice, entonces, que ahí se trata de humanos, de individuos, de letristas o, mejor, justamente se nos lo dice, se nos lo canta, se nos lo pinta, se nos lo esculpe, se nos lo narra. "Nosotros", lo que "nosotros somos", emerge a fuerza de discurso. Ese es el gran descubrimiento de la generación que nos precede: no partir de una antropología, gran relato, entre otros, para definir quién habla y quién escucha, pero también para dejar las oscuras figuras del enunciador y del enunciatario marcarse, imaginarse, moldearse, a partir de la ficción. Literalmente —y literariamente— "somos los hijos de nuestras obras". Nos enviamos constantemente a otra parte, a otro momento y en otras figuras, nos instalamos en innumerables relatos; nos registramos en los lugares requeridos; y así, poco a poco, aprendemos quiénes somos; nos *figuramos* quiénes somos.

Sin ese régimen no seríamos nada, puesto que, incapaces de enviarnos a otra parte en otra persona, incapaces de figurarnos otros interlocutores, estaríamos limitados a un "nosotros" indefinible, tan evanescente como un punto matemático. El pase de este régimen de enunciación es el desembrague o envío, definido por Greimas. Sin embargo, contrario a lo que la semiótica de los cuentos y los textos de ficción podría haber pensado, el envío es un pasaje muy especial que no define la enunciación como tal, sino solo uno de estos regímenes. Las *marcas* dejadas por ese pasaje son bien conocidas y están bien clasificadas, son las que revelan y disimulan, instalan e inscriben, las relaciones entre el enunciado n y la enunciación $n-1$. ¿Cuál es la estela dejada por este pasaje? Lo que llamaré, a falta de mejor término, *poblamiento de figuras*, que dejan a la palabra *figuras* suficiente vaguedad para acomodar personajes antropomórficos y arreglos que se llaman, precisamente, *no figurativos*. Lo que cuenta en la ficción es esta formidable ramificación de innumerables delegados que van en todas direcciones, tiempos y lugares, conduciendo detrás de ellos narradores y narradores deslumbrados.

El régimen de ficción se caracteriza por el envío, la diseminación, la proyección a partir de lo material del *token* y la connivencia del enunciatario. El retorno, el repatriamiento de figuras, el último re-embrague hacia el nivel $n-1$, no interesa mucho a este régimen. Por eso los semiotistas, atentos a los relatos y textos de ficción, no han sabido distinguirlo de algún otro régimen de enunciación, ya que está interesado exclusivamente en el *envío* y el *retorno* de las figuras, en sus disciplinas, en el vínculo de estas

figuras con el último nivel de la enunciación, y con las relaciones del enunciador y del enunciatario. Yo viajo en ficción, pero cuando salgo del relato no tengo las trazas de ese viaje entre mis dedos. En todo instante he estado en otra parte, he sido otro. Jamás he tenido al mismo tiempo y bajo la misma relación los niveles n , $n-1$, $n+1$, $n+n$. Existe otra forma de desembrague profundamente diferente, porque en lugar de enviar, *alinea* al enunciador sobre lo que él designa y por lo tanto tiene tanto el punto de partida como el punto de llegada. Las dos formas de envío están, por así decirlo, en ángulo recto, aunque sean siempre confundidas por el análisis, hasta los trabajos de nuestra amiga Françoise Bastide (1985).

En el régimen de enunciación que llamo ciencia, las figuras son enviadas a otros espacios-tiempos —como ficción— pero tienen que *volver*. No solo deben volver al nivel n , como en una narrativa de ficción bien ordenada que se cerraría sobre sí misma, deben retornar de la mano del enunciador, al nivel $n-1$. Este constante ir y venir, más rápido que los ángeles ascendentes y descendentes de la escalera de Jacob, le permite al enunciador estar a la vez y en la misma relación *aquí* y *allá*. Dicho de otra manera, puede actuar a distancia. En su mano se acumulan lugares y tiempos diferentes figurados y representados por delegados capaces de moverse en los dos sentidos —envíos y retornos (Deleuze & Guattari, 1991)—. Si la forma de las figuras y delegados se parece a la de los seres enviados por la ficción, su movimiento de ida y vuelta, la disciplina que se requiere de ellos, los moldea, perfila y dibuja de una manera muy característica. Son, por así decir, aerodinámicos, perfilados por el trabajo de ida y vuelta. Son ficciones entrenadas como perros de caza para informar a su amo. Cualesquiera que sean las transformaciones que sufran, los materiales y las formas por las que pasen, deben ser capaces de mantener algo a través de estas deformaciones para devolver al enunciador algo que lo haga capaz de llegar lejos. Tan primitivos como se les escoja, estos delegados son siempre lo que yo llamo *móviles inmutables* y *combinables*, ya que hacen el ir y venir, ya que mantienen una forma a través de las deformaciones y, localmente, en la mano del enunciador, funcionan como un “modelo reducido” que puede inspeccionar y modificar.

El pase muy especial de este régimen consiste en modificar la relación entre el enunciador y el enunciatario mediante el enriquecimiento del *token* que revoca la distancia. Si se siguiera ese pase, se encontraría un enunciador, luego se viajaría siguiendo delegados, luego se regresaría en un convoy de figurines mantenidos estables a través de las más rudas transformaciones, luego se caería de nuevo sobre el envío de partida y se pasaría entonces a la mano del enunciatario. Lo interesante de este régimen es que el enunciador y el enunciatario pueden ser *confundidos*: el primero debe poder ocupar el lugar del segundo. “Si yo estuviera en ese lugar, yo vería y sabría las mismas cosas. Toma mi lugar. Yo veo y yo sé las mismas cosas” (Fabbri & Latour, 1977). Las marcas de este régimen de enunciación son reconocibles por esta triple cuestión de alineamiento:

alineamiento de los diferentes planos del enunciado los unos sobre los otros (manteniendo lo inmutable en la movilidad); alineamiento de todos los planos del enunciado sobre el último plano *n-1*; alineamiento del enunciatario sobre el enunciador. La estela de ese régimen de enunciación forma lo que llamaré *referencias* —palabra que no es propiedad del aburrido debate sobre el realismo, pero que significa “informar”, “relacionarse con”, “relacionarse con alguien”—. Ese régimen crea referencias en todos los sentidos de la palabra. Sin él, el acceso a lo lejano y la acción a distancia serían imposibles, así como el alineamiento de diferentes enunciadores/tarios. Los *tokens* se tejerían en nuevas trenzas o combinaciones, se encantarían de nuevas figuras, pero no movilizarían otros espacios-tiempo para referirse a las relaciones humanas.

Lo que cuenta en esos tres regímenes es la creación de un cuasi-objeto —por desplazamiento de otro material—, poblarlo de figuras —por desembrague actancial, temporal y espacial—, y relacionarlas con otros espacios-tiempo por medio de figurines disciplinados. Los tres se concentran sobre el *token*, sobre el cuasi-objeto, más que sobre la relación enunciador-enunciatario, que se encuentra de modo secundario. En técnica, el enunciador debe poder ausentarse, dejando encargado al *token* el establecimiento de lazos con el enunciatario; en ficción, el enunciador no tiene más importancia que la materia del *token*, porque cuenta ante todo el envío con la connivencia del enunciatario; en ciencia, las dos “personas” de la enunciación deben ser sustituidas la una con la otra. El resultado de esos tres regímenes tomados juntos —porque, de seguro, nosotros solo observamos sus híbridos— es, de cualquier suerte, cargar los *tokens* que pasan de cuerpo en cuerpo. Los pasantes se mantienen en presencia por el intermediario múltiple de los cuasi-objetos. A final de cuentas, se obtiene la impresión contraria: los cuerpos pasan en un mundo de cosas más vastas y más durables que ellos.

LOS REGÍMENES CENTRADOS SOBRE LOS CUASI-SUJETOS: POLÍTICA, RELIGIÓN, DERECHO

Habíamos postulado que ningún ser podía seguir siendo el mismo sin existir, que debe, pues, enviarse, enunciarse. Investigamos las formas de envío. ¿Cuántas maneras hay de pasar para quedar en presencia, para quedarse presente? Para comprenderlo mejor, me concentré en las “personas” de la enunciación y las formas de relación con el enunciado. Hasta aquí hemos reconocido seis. Las tres primeras, fundamentales y atípicas, hacen pasar los cuerpos mismos (reproducción), o “eso que pasa” (sustitución) o quien niega que algo pase (omisión). Las tres siguientes “cargan” el cuasi-objeto. Vamos ahora a examinar los regímenes que también giran alrededor del *token*, pero que lo hacen de manera inversa. En lugar de constituir el cuasi-objeto, usan el *token* para otra cosa, esto es, para definir y regular las relaciones entre enunciadores y enunciatarios. Definen,

pues, lo que se podría llamar *cuasi-sujetos*. Para ellos, el cuasi-objeto se convierte en un pretexto.

Se trata de un régimen en el que el sentido del enunciado permanece incomprensible en tanto no sea reconstituido el movimiento que le imprimen las “personas” de la enunciación. Precisamente por eso se encuentra atribuido a las diferentes personas: yo, tú, él, ellos, nosotros, ustedes. Hasta aquí he utilizado entre comillas la expresión “personas de la enunciación” para designar al enunciador y al enunciatario. Pero ¿dónde hemos asumido que había esos personajes canónicos y que ahí no había más que dos? Una vez más, de la semiótica de los textos de ficción que, de hecho, distingue con bastante facilidad un narrador y un narratario. Pero esta dualidad es peculiar del régimen de ficción (y de la técnica del libro) que comienza desde el nivel *n* y se deduce más bien de la enunciación misma. Desde que salimos del estrecho círculo del análisis de textos de ficción, queda claro que primero hay que componer las personas de la enunciación y decidir su *número*. No para llenarlos efectivamente por la certeza de estar aquí, ahora, por primera vez, como en el próximo régimen, sino para asignar, distribuir, contar, redistribuir, los diferentes roles y funciones.

En este régimen, la circulación de los cuasi-objetos no apunta directamente al cuasi-objeto mismo sino a la traza del colectivo que esta circulación incesante realiza. ¿Cuántos enunciadores/tarios hay ahí? ¿Quién es enunciador? ¿Quién es enunciatario? ¿Quién representa a quién? ¿Quién habla a nombre de quién? ¿Quién se dirige a quién y en qué orden? El colectivo no existe solo, tal es el gran descubrimiento de la sociología y la antropología modernas. No se sostiene solo. Hay que rastrearlo, realizarlo. No se mantiene presente sin ser constantemente *re-presentado*. Es un problema topológico insoluble: ¿cómo una multitud conserva la forma de un conjunto? Es un “singular plural” que hay que localizar constantemente resolviendo en todos los aspectos la cuestión uno/todos. Yo digo lo que tú dices, por lo tanto, yo te represento. Tú dices eso que yo digo, por lo tanto, tú me obedeces. Nosotros somos diferentes de ellos. Él es otro. Todo ese trabajo de definición se hace a partir de enunciados que, tomados en sí mismos, están casi absolutamente desprovistos de sentido: el sentido no viene del enunciado, sino de la traza del colectivo que permite su rápida circulación. Por mezcla y compromiso, hay siempre confusión y reducidas probabilidades de regular el equilibrio entre lo mismo y lo otro.

Llamo *política* a ese régimen de enunciación por el cual se encuentra definido quién enuncia y a quién se dirige. Este régimen toma mucha más importancia mientras más se multiplican los *tokens*. Los linajes humanos podrían definir las series de ascendentes y de descendentes sin mayores dificultades, pero si se multiplican los no-humanos, las figuras y figurines, entonces la cuestión de la composición del colectivo debe ser incesantemente y resuelta en caliente. El pase de este régimen es muy particular ya que

sin decir nada claro dice, yendo de mano en mano, “aquí estás, esto es lo que somos, depende de él hablar, depende de ti escuchar, depende de nosotros juzgar”. Sin este régimen no habría acepción de personas (que ahora puedo escribir sin comillas). El último resto de la estructura de comunicación, es decir, de la dualidad enunciador/enunciario, ha desaparecido en este preciso momento. El número de personas con frecuencia no será reducido a dos y, probablemente, su repartición jamás será tan simple como la de enunciador/enunciario. Las marcas de este régimen son difíciles de localizar porque el enunciado no es casi nada, y ese carácter insignificante, vago, ambiguo, variable, le permite justamente circular bien y ser un buen *rastreador*. Llamo enfáticamente *asambleas* o mejor, reuniones, a la estela que este pase deja tras de sí. Vista desde otros regímenes, esta circulación política se va a llamar mentira, mala fe, manipulación, invención. No se toma en su movimiento propio, que requiere el compromiso y la insignificancia del enunciado para componer la relación uno/todo.

“Yo te amo”, tal es la pequeña frase que manifiesta mejor la necesidad de regular la enunciación si se quiere comprender el sentido del enunciado. Esta frase está muy mal adaptada para un trabajo de referencia, como lo han remarcado todos los comentaristas de la relación dialógica. El “yo” y el “tú” deben ser reemplazados por personas realmente presentes. La frase, banal en sí misma, no es más que un pretexto. Si la tomo en serio según otro régimen —en ciencia por ejemplo— y respondo: “Tú ya me lo has dicho hace seis meses”, es que la relación amorosa está seriamente deteriorada, que no amo, que soy incapaz de *repetir* la puesta en presencia de las personas de la enunciación. Asumo la repetición en el sentido que tiene en otro régimen, el retorno *ad nauseam* de lo mismo. Si no es siempre la primera vez que pronuncio el “yo te amo”, yo no amo. En amor, el “yo te amo” se repite tantas veces como la relación entre dos enunciadores se establece, como una relación de este, y no de otro, aquí, y no en ningún otro lugar, ahora y no ayer o mañana. En lugar de un envío, por medio del *token*, se trata de un retorno al nivel $n-1$, pero de un retorno que no dice nada, que no informa nada, sino esto: tú, y nadie más, y yo, y nadie más, nosotros estamos, ahora, por primera vez, por única vez, en presencia.

Las marcas de enunciación propias de este régimen son fáciles de remarcar porque el sentido de los enunciados, tomados por sí mismos, es completamente incomprendible o trivial o repetitivo o absurdo. Esta situación es normal puesto que se trata de enunciados que, en lugar de preocuparse por ellos mismos, como en los regímenes de la sección precedente, buscan designar lo que por definición está ausente, siempre ausente, la presencia real de las personas de la enunciación: *ego, hic, nunc*. Este régimen padece más claramente la paradoja de la enunciación: las ausencias necesarias en el sentido del enunciado están designadas, forzadas torpemente, por enunciados imposibles, cosidos, desgarrados, contradictorios, quebrados, todos dirigidos hacia la evocación, la invocación de la presencia real de los ausentes. Estén allí y comprendan lo

que se dice. Agréguese ustedes, ahora, en el fondo del enunciado, del relato, y entonces aparece el sentido del relato, ese *pase* tan particular que llena y une a las personas de la enunciación (Latour, 1998). Sí, estamos en presencia, comprendemos ahora qué es estar presente, comprendemos el sentido de los enunciados irregulares que pasan entre nuestras manos y que repetimos sin comprender, se abren nuestros ojos, eres tú, soy yo, nosotros no pasamos más, estamos *salvados* ahora, lo que a menudo se expresa de la siguiente forma: ya no moriremos.

He escogido llamar *religión* a este régimen de enunciación, pero hubiese podido llamarlo amor, que sería lo mismo —el primer término es más colectivo, el segundo más individual, pero las religiones históricas que conocemos mejor son precisamente definidas como religiones de amor—. Sin este régimen, las instancias *ego*, *hic* y *nunc* quedarían vacías o desembragadas al nivel *n*, sin poder jamás enlazarse al nivel *n-1*. Sin este régimen, la noción misma de “mantenerse en presencia por el riesgo de la relación” sería un enunciado o sería un pase indiscernible y no, ahora, para ti, lector, para mí, autor, la salvación. En el régimen religión los enunciadore/tarios se “recuperan”, por así decirlo, y hacen de sus relaciones de copresencia, a través de la mediación de los *tokens*, el objeto único de esta relación. La estela de este pase totalmente diferente de otros, estoy tentado de llamarla *procesiones*, no solamente a causa de las fiestas religiosas y lluvias de rosas de nuestra infancia, sino a causa del *proceso* por el cual he comenzado esta meditación y, también, por la *tradición* pasada de mano en mano que evoca esta palabra. Los enunciadore y los enunciatarios proceden en largas cadenas a lo largo de las cuales cada uno es, igualmente, *ego*, *hic*, *nunc*; y todo lo que pasa en materia de enunciados está desprovisto de sentido mientras los enunciadore/tarios dejen de instalarse en el nivel *n-1*. Entonces estamos repitiendo malas palabras por enésima vez, pero esta es la primera vez que algo así *pasa*.

Un tercer régimen de enunciación queda indiferente al *token*, pero contrariamente al precedente, multiplica las marcas que facilitan la fijación de la enunciación al enunciado. Si la enunciación es el conjunto de los ausentes cuya convocación es necesaria para la construcción de sentido del enunciado, entonces este régimen es particular en lo que concierne a definir justamente la manera singular de *convocar* a los ausentes y de *designar* en detalle de cuáles ausentes se trata. Indiferente al contenido del enunciado, es extraordinariamente preciso en la forma de conectar tal enunciado a tal enunciadore o a tal enunciatario. En el régimen de religión la persona de la enunciación rellena su presencia efectiva con las palabras vacías “yo”, “tú”, “ahora”, “aquí”, que repite siempre por primera vez. En el régimen de política el número, la cualidad, el rol y las oposiciones de las personas de la enunciación se encuentran definidos por sus relaciones con un colectivo. Pero nada en estos regímenes permite que se mantengan juntos *este* y *ese* enunciado. Para eso hay necesidad de un pase particular

que multiplica en y alrededor del enunciado las marcas, huella, firmas, sellos que permiten la nueva convocatoria de los ausentes (Fraenkel, 1992).

Sin este régimen, ni las personas ni los enunciados serían asignables o localizables. Todos circularían a su suerte, al azar. Ninguna promesa sería rastreable. Ningún compromiso sería respetado. Las sucesiones de *tokens* y las multiplicidades de personas podrían no tener ninguna relación. Para garantizar esta cohesión, esta sucesión, este alineamiento de las personas que enuncian y de sus mensajes o mensajeros, funciona el régimen que llamo *derecho*, eligiendo entre las connotaciones de la palabra, su lado formal y positivo más que su contenido moral o justo. Las marcas de la enunciación en este régimen son, evidentemente, las más fáciles de localizar puesto que los enunciados son solo las marcas de este enunciadore-aquí, de este enunciatario-allá; en este momento preciso, en este lugar preciso, rodeado por tal situación. Mientras que en otros regímenes hay que presuponer la presencia implícita de las instancias de enunciación, este régimen hace el trabajo en lugar del analista y designa explícitamente cuáles son los ausentes. El pase particular de este régimen es, contrariamente a todos los otros, conservar voluntariamente la traza de lo que pasa y lo que pasa *dentro* de lo que pasa. El resultado, la estela de este régimen, vuelve a trazar *encadenamientos* o *cadena*s que permiten tener series de enunciadore, de *tokens* y de enunciatarios.

Los tres regímenes que venimos de localizar están evidentemente ligados los unos a los otros tan estrechamente como los tres regímenes de *token* de la sección precedente. Así como ciencia, técnica y ficción son casi indisociables para adornar, rellenar y dar peso a los cuasi-objetos que pasan de mano en mano, los regímenes de religión, de política y de derecho son complementarios para definir, designar, localizar y rellenar las manos, los cuerpos y las personas de cuasi-sujetos que pasan los *tokens*. Quedan por desplegar, pero me falta lugar, otros regímenes que establecen relaciones entre los cuasi-sujetos y los cuasi-objetos, lo que el sentido común enlaza frecuentemente a las expresiones de organización y de economía.

CONCLUSIÓN

He definido la enunciación, desde el principio, como la búsqueda de los ausentes cuya presencia es necesaria al sentido; presencia marcada directa o indirectamente en los mensajes o en los mensajeros enunciados. Es entonces posible un lenguaje preciso que parta de las trazas, marcas e inscripciones de los ausentes en el mensaje o en el mensajero, y que induce o deduce exactamente el movimiento de los ausentes que hay que reunir en torno al mensaje o al mensajero para darle un sentido, un movimiento, un pase y hacerlo tener, mantener, en la presencia. La grandeza de las filosofías del ser en cuanto ser nos ha sacado del olvido de los ausentes; pero es señal de su indigna debilidad haber olvidado

entonces que los mensajes y los mensajeros más humildes conservan las claras trazas que esos ausentes convocan siempre bajo nuestros ojos para tomar sentido. Jamás hemos olvidado el ser. La esencia se paga en calderilla de existencia, el Ser innombrable se traduce en delegados innumerables. Nadie puede recordar el ser sin volver, clara y exactamente, a los mensajes y mensajeros que, literalmente, *toman su lugar* y lo sustituyen. Hay que *redimir* al ser con la calderilla de delegados que se deprecia: máquinas, ángeles, instrumentos, contratos, figuras y figurines. No tienen el aire de nada sino de ellos mismos, pero todos pesan exactamente el peso de ese famoso ser en cuento ser.

Al considerar los pocos regímenes identificados hasta ahora, ya podemos contar con muchos delegados para nuestro desfile pan-ateniense. ¿Qué mundo es el que, al menos, nos obliga a tener en cuenta, para tomar palabras más comunes, a la vez y en el mismo aliento, la naturaleza de las cosas, las técnicas, las ciencias, los seres de ficción, las religiones grandes y pequeñas, la política, las jurisdicciones, las economías y los inconscientes? Ese es nuestro mundo. Cesa simplemente de ser *moderno* desde que hemos sustituido a cada una de las esencias, de los dominios o de las esferas, por formas de delegación. Por eso no lo reconocemos. Ha tomado un aire antiguo con todos esos delegados, ángeles y lugartenientes. Es esa pululación que hace de nuestro mundo un mundo tan poco moderno, con todos esos nuncios, mediadores, delegados, fetiches, figurines, instrumentos, representantes, ángeles, lugartenientes y portavoces. Tal vez su belleza hará que se me perdone por haber violentado un poco la ilustrada semiótica de nuestro amigo Paolo.

REFERENCIAS

- Bastide, F. (1985). Iconographie des textes scientifiques: principes d'analyse. *Culture Technique*, (14): 132-151.
- Deleuze, G. & Guattari, F. (1991). *Qu'est-ce que la philosophie?* Minuit.
- Fabbri, P. & Latour, B. (1977). La rhétorique de la science. Pouvoir et devoir dans un article de science exacte. *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, (13): 81-95.
- Fraenkel, B. (1992). *La signature. Genèse d'un signe*. Gallimard.
- Latour, B. (1988). A Relativist Account of Einstein's Relativity. *Social Studies of Science*, 18(1), 3-44.
- Latour, B. (1998). How to be iconophilic in art, science and religion? En C. Jones & P. Galison (Eds.), *Picturing science, producing art*. Routledge.
- Whitehead, A. N. (1978). *Process and reality. An essay in cosmology*. Free Press. (Obra original publicada en 1929).